

AGENDA CIUDADANA

Y CUANDO EL DINOSAURIO DESPERTÓ, EL SR. LÓPEZ SEGUÍA AHÍ Lorenzo Meyer

Conclusión.- Un viejo dicho anglosajón sostiene que, finalmente “todo esta bien si termina bien” (*all is well if it ends well*). Quizá, pero en relación a la última crisis política de la frágil democracia mexicana, desatada por el intento del gobierno y sus aliados de eliminar de la arena electoral a su principal adversario ideológico de manera “fullera” (el adjetivo es de la editorial del diario español *El País*, del 2 de mayo), nadie puede asegurar que la crisis sea un capítulo cerrado, pues si bien las causas que la provocaron se han difuminado, no han desaparecido. En cualquier caso, todo el complicado incidente en torno a Andrés Manuel López Obrador (AMLO), ha puesto al descubierto que en la derecha democrática mexicana --la hoy encabezada por Vicente Fox y por el PAN--, pesan mucho más sus intereses que su compromiso con los valores democráticos.

2000 y 180.- Si se quiere resumir lo ocurrido en el proceso político mexicano del último año, basta con echar mano de dos cifras: 2,000 y 180. La primera, representa el (insignificante) valor de la fianza que el propio fiscal, en su absurdo papel de juez y parte, finalmente fijó al jefe de gobierno del Distrito Federal, (“el Sr. López”, como sus adversarios decidieron llamarlo, tratando de hacer patente su desprecio por quien fue electo en la segunda experiencia democrática de la capital del país), para evitar que fuera a prisión por el “crimen” de abuso de autoridad supuestamente cometido en el caso de “El Encino”. La segunda cifra, la de 180, corresponde a los grados que el gobierno de Vicente Fox se vio obligado a girar el 27 de abril en relación a una política cuyo objetivo único y claro, aunque nunca admitido, era negarle a AMLO la posibilidad de encabezar en las próximas elecciones presidenciales la propuesta de la izquierda. Hasta hoy, “el Sr. López”

ha mostrado ser mejor político que todos sus enemigos juntos ¡y vaya que si éstos son muchos y poderosos!

El proyecto que se empezó a poner en marcha desde hace más de un año para acusar a AMLO de abuso de autoridad en relación a la construcción de una calle para lograr que, a causa de la peculiar, anticuada e injusta legislación, el Jefe de Gobierno fuera primero desafortado y que luego perdiera sus derechos políticos para que no pudiera encabezar la planilla electoral del PRD, significó la disposición del presidente y de una parte importante de la élite del poder mexicana, para sacrificar la esencia de la apenas naciente democracia política a cambio de neutralizar al personaje que las encuestas mostraban como puntero en las preferencias ciudadanas.

Visto con sentido de la ética, de la historia, del respeto por los derechos de los ciudadanos y del valor de la idea de juego limpio --propia de aquellos que presumen de comportarse como individuos honorables--, la decisión que supuestamente tomaron en abril del año pasado el presidente de la República, el Procurador General, el secretario de Gobernación, el presidente de la Suprema Corte y la Asesora Jurídica de la Presidencia, de poner en marcha la maquinaria jurídica del Estado para eliminar políticamente a la izquierda en una coyuntura decisiva, combinó audacia con irresponsabilidad y una dosis de perversidad. En efecto, quienes echaron a andar la maquinaria que conduciría al enjuiciamiento del político tabasqueño, así como esa mayoría de diputados que les secundaron con entusiasmo, no tuvieron ningún empacho en poner en peligro el carácter de sistema democrático y, por tanto, del futuro político de México.

Es verdad que cuando ya estaba muy cerca del punto de no retorno --ese donde se descarrilaría todo lo logrado hasta ahora para hacer del mexicano un sistema político moderno, confiable y genuinamente representativo de la pluralidad existente--, el

presidente Fox dio un “volantazo” que abrió la posibilidad de volver a encarrilar el proceso. Sin embargo, ya se incurrió en costos que tienen que pagarse. Y una forma de hacer la lista de esos daños, es analizar algunos de los temas que aparecen en el discurso presidencial de ese miércoles 27 de abril, pasadas las ocho de la noche, en que se anunció el “gran viraje” y se expulsó del gabinete a quien formalmente encabezaba la operación de Estado para inhabilitar al adversario más fuerte de la continuidad en el poder de la derecha: el general de brigada y abogado Rafael Macedo de la Concha, Procurador General de la República.

Un Vistazo al Discurso.- El punto de partida de dicho documento es un acto de fe, pero también, a la luz de lo acontecido, es una afirmación difícil de sostener: “El presidente de México cree en la democracia”. En política, finalmente, a los líderes se les juzga menos por lo que propongan como su credo y más por sus acciones. Y es claro que en el último año Fox permitió que los más duros de su entorno la emprendieran con todo contra el líder más importante de la oposición a su gobierno y proyecto. Si la idea era negar la viabilidad del “populismo” del tabasqueño y del PRD en su conjunto, el foxismo debió y pudo enfrentar a López Obrador no con una maniobra legal muy forzada para inhabilitarlo en el 2006, sino poniendo al descubierto las contradicciones y fallas de su administración --en materia de seguridad, vialidad y transporte, control de la corrupción policíaca y administrativa, falta de transparencia en la rendición de cuentas, subsidios, etcétera— y formulando buenas contrapropuestas en el campo de las ideas políticas.

Es posible argumentar que Fox, su esposa y su círculo de colaboradores inmediatos, no confiaron en que la crítica a las fallas del gobierno capitalino y la confrontación de ideas y proyectos de gobierno, resultaran suficientes para derrotar al “Proyecto alternativo de nación” de AMLO. Y es que, las propias ideas e historial de las acciones del gobierno

federal no eran un buen ariete para derrumbar en las encuestas al Jefe de Gobierno de la capital. En efecto, el poder ejecutivo nunca atacó de frente la corrupción que heredó, nunca ventiló, como prometiera, los rincones pestilentes del rescate bancario. El foxismo dejó ir impunes a los “peces gordos” de la corrupción priísta y le faltó voluntad para encarar a los grandes criminales del viejo régimen y sus, esos sí, enormes abusos de poder. ¿Con qué autoridad moral o política la PGR podía llevar ante un juez a un supuesto “desacatador” de no parar a tiempo la construcción de una calle si no le importaba permitir que siguiera envejeciendo en la comodidad de su casa y con toda la parafernalia de ex presidente, Luis Echeverría, corresponsable de la matanza del 68 y responsable directo de la matanza del 71?

El 27 de abril Fox afirmó: “Fortalecer nuestra naciente democracia es la más alta responsabilidad que nos exige la realidad política”. Si fuera su convicción, entonces ¿para que embarcar por meses a toda la maquinaria del Estado en un intento por reducir artificialmente la elección del 2006 a una contienda entre el PRI y el PAN? Las cifras disponibles de las encuestas claramente señalaban desde hace tiempo que sin AMLO, el PRD no tenía ninguna posibilidad de ser una opción real de gobierno. Unas elecciones predeterminadas por un bipartidismo forzado –y esa era la meta del gobierno y sus aliados priístas hasta las ocho de la noche del 27 de abril–, iban a contrapelo de lo que exigía “la realidad política”.

“Siempre será mejor para nuestro México nuestra disposición al diálogo y no al desafío” dijo el presidente. Luego, tras asegurar que “Mi Gobierno a nadie impedirá participar en la próxima contienda Federal” reiteró: “El intercambio sereno de razones nos permitirá encontrar los acuerdos que garanticen el derecho y la convivencia democrática”. Entonces ¿por qué cuando en septiembre del año pasado AMLO insistió en un diálogo

directo con Fox a propósito del caso de “El Encino”, el presidente se mostró reticente, y cuando finalmente se encontró con el Jefe de Gobierno el 29 de septiembre del 2004 en “Los Pinos”, lo hizo en condiciones tales que simplemente el diálogo fue imposible? Al recibir a AMLO por 45 minutos en compañía de Santiago Creel --el precandidato presidencial panista anunciado y beneficiario directo del proceso de inhabilitación de AMLO— el presidente anuló toda posibilidad de un intercambio franco de ideas. En realidad, y según lo dijo a la prensa el propio presidente, la reunión sirvió para informarle a AMLO que "nada de ese tema (el de “El Encino”) se va a arreglar en Los Pinos", (Reforma, 30 de septiembre, 2004). Obviamente esa no fue una disposición al diálogo sino el deseo de cubrir el expediente y seguir adelante con el proyecto original.

La verdadera “disposición al diálogo” en torno al conflicto entre el poder federal y el poder local de la capital mexicana, la tuvo Fox con el presidente de la Suprema Corte de Justicia, con la cúpula priísta, con la élite empresarial y con otros actores importantes, y tuvo como propósito justamente tratar de impedir que el Jefe de Gobierno del Distrito Federal participara “en la próxima contienda Federal”.

En la declaración del 27 de abril, el presidente prometió que “La Procuraduría revisará de manera exhaustiva el expediente de consignación del Jefe de Gobierno del Distrito Federal, buscando preservar dentro del marco de la ley la mayor armonía política del país”. Lo anterior es exactamente lo opuesto de lo que Fox declaró tras la fallida reunión en “Los Pinos” con AMLO: que para resolver el caso de “El Encino” estaban los jueces, pues ese no era asunto del presidente (Reforma, 30 de septiembre, 2004). Claro que la orden actual de revisión del caso dada al Procurador por el Jefe del Ejecutivo, requirió descabezar a la PGR, lo que deja en claro que era la voluntad política y no otra cosa lo que estaba detrás del singular y enorme esfuerzo por inhabilitar al “Sr. López”.

El Brusco Despertar del Dinosaurio.- Durante meses la gran coalición de derecha no democrática que se formó para inhabilitar a AMLO, soñó con un 2006 “ a su medida”. Se trataba de uno donde la elección presidencial combinara las formas democráticas pero sin la incertidumbre que le acompaña. Desde esa orilla del río político, se soñó con una contienda entre candidatos reales “confiables”, mezclados con algunos inviables (entre ellos el sustituto de AMLO), proceso que despertara el entusiasmo de los sectores conservadores, la resignación de los excluidos y la bendición de los observadores externos.

Desde lo alto de la pirámide del poder simplemente no se contempló la posibilidad de que sucediera lo que finalmente sucedió: que la acusación contra López Obrador no fuera aceptada en los términos en que la presentó la fiscalía por una parte importante de la opinión pública, que la movilización ciudadana en contra del intentó de dar vida a una “democracia limitada” fuera en ascenso, que incluso parte de aquellos ciudadanos que no simpatizaban con AMLO se opusieran a la alteración de las reglas fundamentales del juego democrático y, finalmente, que los medios internacionales definieran el proceso de acusación contra López Obrador como un ardid.

Fue así como en las primeras horas de la noche del 27 de abril, la gran coalición de derecha –un verdadero dinosaurio político-- despertó y, como en el breve cuento de Tito Monterroso, comprobó que “el Sr. López” no sólo seguía ahí –en la jefatura de gobierno y en la contienda por la presidencia— sino que, además, había crecido.

En política no es conveniente ser pesimista, pero tampoco ingenuo. Una derecha poderosa y frustrada que, además ya mostró abiertamente su poco apego a la esencia de la democracia, puede reaccionar con furia. Los compromisos contenidos en la “carta de intención” anunciada la semana pasada por “Los Pinos” son, finalmente, compromisos presidenciales, pero no necesariamente de todos aquellos que hasta el día 27 acompañaron a

Vicente Fox en su malhadada aventura. Hay que esperar lo mejor, pero sin bajar la guardia, pues el pasado está muy cerca y una democracia madura aún está muy lejos.

Nota Positiva.- Esta columna se une con genuino entusiasmo al reconocimiento que acaban de recibir, por su desempeño en los medios, Miguel Angel Granados Chapa, Carmen Aristegui, Javier Solórzano, Carlos Loret de Mola, José Woldenberg y José Luis Piñeyro. ¡Felicitaciones!